****

AÑO DE 1865.

El 6 de febrero de 1865, San Juan Don Bosco, después de las oraciones de la noche, al dirigirse a sus jóvenes se expresó en los siguientes términos: Hace dos o tres días tuve un sueño. ¿Quieren que se los cuente? Como los amo tanto, siempre sueño que me encuentro en su compañía.

\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*

Pareció, pues, encontrarme en medio del patio, rodeado de mis queridos hijitos, cada uno de los cuales tenía en la mano una flor. Quién una rosa, quién una azucena, quién una violeta y un lirio al mismo tiempo. En suma: unos tenían una flor y otros otra. Cuando de pronto aparece un enorme gatazo con cuernos, completamente negro, grande como un perro, de ojos encendidos como brasas y cuyas uñas eran gruesas como un clavo y su vientre descomunalmente abultado. La horrible bestia se acercaba cautelosamente a los jóvenes y dando vueltas alrededor de ellos, ahora daba un zarpazo a la flor del uno arrojándosela al suelo, ahora hacía lo mismo con la de otro y así sucesivamente. Ante la aparición de este animal, yo me sentí lleno de espanto y muy maravillado al comprobar que los jóvenes no se inmutaban lo más mínimo, sino que continuaban como si nada sucediese. Cuando me di cuenta de que el gato se dirigía hacia mí para arrebatarme mi flor, comencé a huir. Pero me detuvieron y oí que me decían: —No huyas y di a tus muchachos que levanten el brazo y así el gato no logrará arrebatarles las flores de las manos. Yo me detuve y levanté el brazo: el gatazo hacía inauditos esfuerzos por arrebatarme las flores; saltaba una y otra vez, pero como era tan pesado no lograba conseguir su intento.

\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*

El lirio, la azucena, mis queridos hijos, representan la bella virtud de la modestia a la cual el diablo hace continua guerra. ¡Ay de aquellos jóvenes que no mantienen la flor en alto! El demonio se la lleva haciéndola caer al suelo. Los que así se conducen son los que halagan su cuerpo comiendo desordenadamente y fuera de tiempo; los que rehúyen del trabajo; el estudio, entregándose al ocio; aquellos a los cuales agradan ciertas conversaciones; los que leen ciertos libros; los que no quieren saber nada de mortificación. Por caridad, combatid a este enemigo; de otra manera, él se enseñoreará de Vosotros… Tales victorias son difíciles, pero la eterna sabiduría nos ha sugerido el medio para conseguirlas: Levanten su brazo, levanten en alto su flor y estarán seguros. La modestia es una virtud celestial y el que quiera conservarla es necesario que se eleve hacia el cielo.

Sálvense, pues, con la oración. La oración que los levanta al cielo es la de la mañana y de la noche bien rezadas; oración es la meditación y la Misa; oración es la Confesión frecuente y la Comunión; oración son las pláticas y las exhortaciones de los superiores; oración es la Visita a Jesús Sacramentado; oración es el Santo Rosario; oración es el estudio. Con la oración su corazón se ensanchará y se elevará al cielo y así podrán decir con el rey David: Así pondrán a salvo la más bella de las virtudes y su enemigo, por más esfuerzos que haga, no se la podrá arrebatar.



AÑO DE 1866.

La carta de Agustín Semeria, a la cual hemos aludido en el sueño anterior, continúa: «Otro día San Juan Don Bosco nos contó lo siguiente:

\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*

Soñé que me encontraba en la sacristía abarrotada de jovencitos que se estaban confesando conmigo. Y he aquí que de pronto entra un cabrito por la puerta de la misma, y después de dar unas vueltas entre los muchachos se puso a jugar ahora con uno, ya con otro, de forma que los jóvenes perdieron el buen deseo que tenían de confesarse y se marcharon unos después de otros. El animal, por último, se acerca a mí y tuvo el atrevimiento de apartar de mi lado con sus incitaciones engañosas al joven que se estaba confesando conmigo, a pesar de que yo lo tenía fuertemente estrechado contra el pecho. Airado propiné al bicho un puñetazo en la cabeza y rompiéndole un cuerno le obligué a huir. También deseaba dar una buena reprimenda al sacristán por haberlo dejado entrar en aquel lugar sagrado. Después me levanté y revistiéndome con los paramentos sagrados me dispuse a celebrar la Santa Misa. Al llegar a la Comunión he aquí que veo entrar por la puerta principal de la iglesia, no un cabrito, sino una inmensa manada de ellos, que metiéndose entre los muchachos procuraban desenfervorizar de mil maneras a los que, hasta entonces habían estado deseosos de recibir el Pan de los ángeles. Algunos se habían levantado ya para acercarse al altar; pero cautivados por las zalamerías de aquellos animales, desistieron de su intento y se volvieron a sus puestos. Otros estaban ya próximos a la balaustrada; algunos incluso arrodillados en ella, pero tanto éstos como aquéllos regresaron a su sitio sin haber comulgado.

\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*

Estos animales representan a los enemigos de las almas, que con las distracciones y con los afectos desordenados procuran mantener a los jóvenes alejados de los Sacramentos.

Con estas y con otras narraciones —termina Don Lemoyne— preparaba [San] Juan Don Bosco a los alumnos del Oratorio a celebrar las fiestas pascuales.



AÑO DE 1868.

San Juan Don Bosco había marchado a Lanzo para descansar un poco. Se encontraba muy quebrantado de salud y esto le impedía estar en comunicación directa con sus jóvenes. Por la noche no podía descansar, pues una serie ininterrumpida de sueños no le daban punto de reposo. Se retiraba a las once de la noche con la esperanza de poder dormir profundamente después de una prolongada vigilia, pero de nada servía tal precaución. Uno de dichos sueños se refería a el Colegio de Lanzo y el Santo lo contó al Director de dicho centro la mañana de su partida, que fue el día 17, encargándole que él, a su vez, lo contase a la comunidad. El Director acompañó a Don Bosco hasta Turín, pues tenía que ir a predicar ejercicios a Mirabello, y desde la capital del Piamonte envió a sus alumnos la relación de cuanto San Juan Don Bosco le había dicho.

He aquí la copia literal de la carta: El 18 de abril de 1868. Mis queridos hijos del Colegio de Lanzo: Por lo apresurado de mi marcha no me pude despedir de ustedes como hubiera sido mi deseo, pero desde Turín les escribo lo que me hubiera gustado decirles. Escúchenme, pues, con atención porque les habla el Señor por mi boca. La última noche que estuve en Lanzo pasé horas de verdadera inquietud durante el descanso. Vosotros sabéis que mi habitación está próxima a la suya; pues bien, dos veces me hube de despertar sobresaltado sin saber el motivo, me parecía haber escuchado un grito prolongado que infundía pavor. Me senté en el lecho, presté atención y me di cuenta de que aquel ruido procedía de la habitación. Por la mañana, pensando en lo que había oído, decidí hablar de ello a nuestro padre.

—Es cierto, me respondió, que esta noche he tenido unos sueños que me causaron profunda tristeza.

\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*

Me pareció encontrarme a las orillas de un torrente no muy ancho pero sí de aguas turbias y espumosas. Todos los jóvenes del Colegio de Lanzo me rodeaban e intentaban pasar a la orilla opuesta. Muchos tomaban carrera, saltaban y conseguían caer de pie en la parte seca de la orilla contraria. ¡Magníficos gimnastas! Pero otros fracasaban; unos caían de pie al borde mismo del torrente y perdiendo el equilibrio se precipitaban de espaldas dentro del agua: otros, después de caer en el centro del torrente, desaparecían; algunos caían de bruces o daban con la cabeza en las piedras que sobresalían de las aguas, manándoles la sangre de la frente y de la boca. Contemplaba esta dolorosa escena, gritaba y advertía a los jóvenes que fuesen prudentes, pero, todo inútilmente. El torrente estaba sembrado de cuerpos que, yendo de catarata en catarata, terminaban por estrellarse contra una roca que se alzaba en un recodo del río, donde el agua era más profunda, desapareciendo después tragados por un remolino. ¡Cuántos pobres hijos míos, que escuchan ahora la lectura de mi carta, se encuentran sumergidos en el agua y en peligro de perderse para siempre! ¿Cómo jóvenes tan listos, tan alegres, tan valientes y decididos al saltar fracasaban en su intento? Porque al hacerlo tenían siempre detrás a algún compañero mal intencionado que les echaba la zancadilla o les tiraba de la ropa, de manera que al perder el ímpetu fallaban el salto.

Y también esos pobres desgraciados, pocos afortunadamente, que hacen el oficio de diablos y buscan la ruina de sus compañeros, también están escuchando en estos momentos mi carta. ¿Por qué buscan encender con sus malas conversaciones en el corazón de sus compañeros la llama de las pasiones que después los han de consumir eternamente? ¿Por qué enseñan el mal a algunos que a lo mejor son todavía inocentes? ¿Por qué con sus burlas y con ciertos pactos hechos entre vosotros se apartan de los santos Sacramentos negándose a escuchar las palabras de quienes los quieren poner en el camino de la salvación? Lo único que conseguirán es la maldición de Dios. Recuerden las amenazas fulminadas por Jesucristo que tantas veces les he recordado. Mis queridos hijos escuchen también vosotros, los que son causa del mal de los demás, son mis queridos amigos. Incluso les aseguro que tienen en mi corazón un puesto de preferencia, porque son los más necesitados de ello. Dejen el pecado, salven su alma. Si yo supiera que uno de vosotros llegaría a perderse, no encontraría un momento de paz en todo el resto de mi vida. Pues mi único pensamiento es su salvación, como el único afecto de mi corazón y el afán exclusivo de mis días hacer de vosotros buenos cristianos. Ayúdense a ganar el Paraíso. Tengo la seguridad de que me escucharán, ¿no es cierto? No es necesario que les explique el sueño. Ya lo han entendido. La orilla sobre la cual se encuentra es la vida perdurable. El agua del torrente que envuelve y causa la muerte a los jóvenes, es el pecado que conduce al infierno.

San Juan Don Bosco, pues, al contemplar semejante espectáculo, vencido por la angustia, gesticuló, gritó y, al fin, se despertó pensando para sí: ¡Oh! si pudiera avisar a algunos a los cuales conocí, ¡cuántos de buena gana lo haría!, pero mañana tengo que marchar. Y diciendo estas palabras se volvió a dormir.



AÑO DE 1871.

En fecha del 11 de febrero de 1871, San Juan Don Bosco escribía al personal y alumnos del Colegio de Lanzo, la siguiente carta: Mis queridos y amadísimos hijos: Deseo, oh queridos hijos, ir a celebrar el Carnaval con vosotros. Cosa insólita porque en estas fechas no suelo ausentarme de Turín. Pero el afecto que tantas veces me han manifestado y las cartas que me han escrito me llevaron a tomar esta determinación. Con todo, existe un motivo aún más grave que me obliga a proceder así, y es una visita que les hice hace pocos días sin que lo vosotros advirtieran. Escuchen qué relato tan triste y doloroso. Como les he dicho, sin que vosotros y sus superiores lo notasen estuve ahí.

\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*

Al llegar a la placilla que hay delante de la iglesia vi un monstruo verdaderamente horrible. Sus ojos eran saltones y brillantes, el hocico grueso y chato, la boca grande, el mentón puntiagudo, las orejas semejantes a las de los perros, con dos cuernos de macho cabrío que le sobresalían de la cabeza. Este animal reía y bromeaba con algunos de sus compañeros que saltaban de acá para allá. — ¿Qué haces tú aquí, monstruo infernal?—, le dije asustado. —Me divierto —contestó—; no sé qué hacer. — ¡Cómo! ¿No sabes qué hacer? ¿Entonces has determinado ya dejar en paz a mis queridos hijos?

—No es necesario que me ocupe de ellos, pues tengo dentro del Colegio a unos amigos que hacen mis veces estupendamente. Una selección de alumnos que se han alistado y se mantienen fieles a mi servicio. — ¡Mientes, padre de la mentira! Tantas prácticas de piedad, tantas lecturas, meditaciones, confesiones... Me miró con una sonrisa sarcástica y haciéndome señas de que le siguiese, me condujo a la sacristía y me señaló al Director que estaba confesando: — ¿Ves?, —me dijo—. Algunos son mis enemigos; pero muchos me sirven también aquí y son los que prometen y no cumplen; se confiesan siempre de las mismas cosas y yo me gozo de sus confesiones.

Después me llevó a un dormitorio y me hizo observar a algunos que fingiéndose enfermos procuran no ir a la iglesia. Después me señaló a uno diciendo: —Este estuvo ya en punto de muerte y entonces hizo mil promesas al Creador, pero ¡Cuánto peor es ahora que antes! Me condujo después a otros lugares de la casa y me hizo ver cosas que me parecían imposibles y que no les quiero escribir y que les diré de palabra. Entonces me llevó al patio y seguidamente con sus compañeros que estaban delante de la iglesia y le pregunté: — ¿Qué es lo que te presta un mejor servicio entre estos jóvenes? —Las conversaciones, las conversaciones, las conversaciones. Todo viene de ahí. Cada palabra es una semilla que produce maravillosos frutos. — ¿Quiénes son tus mayores enemigos? —Los que frecuentan la Comunión. — ¿Qué es lo que te produce mayor disgusto? —Dos cosas: la devoción a María... Y al llegar aquí calló como si no quisiese seguir hablando. — ¿Cuál es la segunda? Entonces no pudo disimular su turbación: adquirió las apariencias de un perro, de un gato, de un oso, de un lobo. Unas veces tenía tres cuernos, otras cinco, otras diez; tres cabezas, cinco, siete. Y esto casi al mismo tiempo. Yo temblaba y el monstruo quería huir; yo quería hacerlo hablar, hasta que le dije: —Quiero que me digas qué es lo más que temes de todo cuanto se hace aquí. Y esto te lo ordeno en nombre de Dios Creador, tu Señor al cual todos debemos obedecer.

Al oír esto, tanto él como sus compañeros hicieron mil contorsiones, adoptaron unas formas que no querría ver más en la vida; después comenzaron a gritar haciendo un ruido horrible, terminando con estas palabras: —Lo que mayor mal nos proporciona, lo que tememos más que nada, es la observancia de los propósitos que se hacen en la confesión. Estas palabras fueron dichas en medio de gritos tan espantosos y tan penetrantes, que todos aquellos monstruos desaparecieron como rayos y yo me encontré en mi habitación sentado junto a mi mesa de trabajo.



AÑO 1862

Don Bosco había prometido a sus jóvenes que les narraría algo muy agradable en los últimos días del mes. El 30 de mayo, pues, por la noche les contó una parábola o semejanza según él quiso denominarla. He aquí sus palabras: «Os quiero contar un sueño. Es cierto que el que sueña no razona; con todo, yo que os contaría a Vosotros hasta mis pecados si no temiera que salieran huyendo asustados, o que se cayera la casa, se lo voy a contar para su bien espiritual.

\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*

Este sueño lo tuve hace algunos días. Figúrense que están conmigo a la orilla del mar, o mejor, sobre un escollo aislado, desde el cual no ven más tierra que la que tienen debajo de los pies. En toda aquella superficie líquida se ve una multitud incontable de naves dispuestas en orden de batalla, cuyas proas terminan en un afilado  espolón de hierro a modo de lanza que hiere y  traspasa todo aquello contra lo cual llega a chocar. Dichas naves están armadas de cañones, cargadas de fusiles y de armas de diferentes clases; de material incendiario y también de libros (televisión, radio, internet, cine, teatro, prensa), y se dirigen contra otra embarcación mucho más grande y más alta, intentando clavarle el espolón, incendiarla o al menos  hacerle el mayor daño posible. A esta majestuosa nave, provista de todo, hacen escolta numerosas navecillas que de ella reciben las órdenes, realizando las oportunas maniobras para defenderse de la flota enemiga. El viento le es adverso y la agitación del mar favorece a los enemigos. En medio de la inmensidad del mar se levantan, sobre las olas, dos robustas columnas, muy altas, poco distante la una de la otra. Sobre una de ellas campea la estatua de la Virgen Inmaculada, a cuyos pies se ve un amplio cartel con esta inscripción: **Auxilio de los Cristianos**. Sobre la otra columna, que es mucho más alta y más gruesa, hay una Hostia de tamaño proporcionado al pedestal y debajo de ella otro cartel con estas palabras: **Salud de los Creyentes**. El comandante supremo de la nave mayor, que es el Romano Pontífice, al apreciar el furor de los enemigos y la situación apurada en que se encuentran sus leales, piensa en convocar a su alrededor a los pilotos de las naves subalternas para celebrar consejo y decidir la conducta a seguir. Todos los pilotos suben a la nave capitaneada y se congregan alrededor del Papa. Celebran consejo; pero al comprobar que el viento arrecia cada vez más y que la tempestad es cada vez más violenta, son enviados a tomar nuevamente el mando de sus naves respectivas.

Restablecida por un momento la calma, el Papa reúne por segunda vez a los pilotos, mientras la nave capitana continúa su curso; pero la borrasca se torna nuevamente espantosa. El Pontífice empuña el timón y todos sus esfuerzos van encaminados a dirigir la nave hacia el espacio existente entre aquellas dos columnas, de cuya parte superior todo en redondo penden numerosas áncoras y gruesas argollas unidas a robustas  cadenas. Las naves enemigas se disponen todas a asaltarla, haciendo lo posible por detener su marcha y por hundirla. Unas con los escritos, otras con los libros, con materiales incendiarios de los que cuentan gran abundancia, materiales que intentan arrojar a bordo; otras con los cañones, con los fusiles, con los espolones: el combate se torna cada vez más encarnizado. Las proas enemigas chocan contra ella violentamente, pero sus esfuerzos y su ímpetu resultan inútiles. En vano reanudan el ataque y gastan energías y municiones: la gigantesca nave prosigue segura y serena su camino. A veces sucede que por efecto de las acometidas de que se le hace objeto, muestra en sus flancos una larga y profunda hendidura; pero apenas producido el daño, sopla un viento suave de las dos columnas y las vías de agua se cierran y las brechas desaparecen.

Disparan entretanto los cañones de los asaltantes, y al hacerlo revientan, se rompen los fusiles, lo mismo que las demás armas y espolones. Muchas naves se abren y se hunden en el mar. Entonces, los enemigos, encendidos de furor comienzan a luchar empleando el arma corta, las manos, los puños, las injurias, las blasfemias, maldiciones, y así continúa el combate. Cuando he aquí que el Papa cae herido gravemente. Inmediatamente los que le acompañan acuden a ayudarle y le levantan. El Pontífice es herido una segunda vez, cae nuevamente y muere. Un grito de victoria y de alegría resuena entre los enemigos; sobre las cubiertas de sus naves reina un júbilo indecible. Pero apenas muerto el Pontífice, otro ocupa el puesto vacante. Los pilotos reunidos lo han elegido  inmediatamente; de suerte que la noticia de la muerte del Papa llega con la de la elección de su sucesor. Los enemigos comienzan a desanimarse. El nuevo Pontífice, venciendo y superando todos los obstáculos, guía la nave hacia las dos columnas, y al llegar al espacio comprendido entre ambas, la amarra con una cadena que pende de la proa a un áncora de la columna que ostenta la Hostia; y con otra cadena que pende de la popa la sujeta de la parte opuesta a otra áncora colgada de la columna que sirve de pedestal a la Virgen Inmaculada. Entonces se produce una gran confusión.

Todas las naves que hasta aquel  momento habían luchado contra la embarcación capitaneada por el Papa, se dan a la huida, se dispersan, chocan entre sí y se destruyen mutuamente. Unas al hundirse procuran hundir a las demás. Otras navecillas que han combatido valerosamente a las órdenes del Papa, son las primeras en llegar a las columnas donde quedan amarradas. Otras naves, que por miedo al combate se habían retirado y que se encuentran muy distantes, continúan observando prudentemente los acontecimientos, hasta que, al desaparecer en los abismos del mar los restos de las naves destruidas, bogan aceleradamente hacia las dos columnas, llegando a las cuales se aseguran a los garfios pendientes de las mismas y allí permanecen tranquilas y seguras, en compañía de la nave capitana ocupada por el Papa. En el mar reina una calma absoluta. Al llegar a este punto del relato, San Juan Bosco preguntó a Beato Miguel Rúa: — ¿Qué piensas de esta narración? Beato Miguel Rúa contestó: —Me parece que la nave del Papa es la Iglesia de la que es Cabeza: las otras naves representan a los hombres y el mar al mundo. Los que defienden a la embarcación del Pontífice son los leales a la Santa Sede; los otros, sus enemigos, que con toda suerte de armas intentan aniquilarla.

Las dos columnas salvadoras me parece que son la devoción a María Santísima y al Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Beato Miguel Rúa no hizo referencia al Papa caído y muerto y San Juan Bosco nada dijo tampoco sobre este particular. Solamente añadió: —Has dicho bien. Solamente habría que corregir una expresión. Las naves de los enemigos son las persecuciones. Se preparan días difíciles para la Iglesia. Lo que hasta ahora ha sucedido es casi nada en comparación a lo que tiene que suceder. Los enemigos de la Iglesia están representados por las naves que intentan hundir la nave principal y aniquilarla si pudiesen. ¡Sólo quedan dos medios para salvarse en medio de tanto desconcierto! Devoción a María Santísima. Frecuencia de Sacramentos: Comunión frecuente, empleando todos los recursos para practicarlos nosotros y para hacerlos practicar a los demás siempre y en todo momento.



AÑO DE 1872.

Del 3 al 7 de julio de 1872, en el Oratorio tuvieron lugar los Ejercicios Espirituales para los alumnos, que fueron predicados por Don Lemoyne y por Don Corsi, y Don Bosco después de haber pedido al Señor que le diese a conocer si todos los habían hecho bien, tuvo este sueño que contó a toda la comunidad:

\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*

Me pareció estar en un patio mucho más espacioso que el del Oratorio todo rodeado de casas, de plantas, de matorrales. En las ramas de los árboles y entre las espinas de las malezas había de trecho en trecho algunos nidos, con los polluelos a punto de emprender el vuelo en distintas direcciones. Mientras me complacía oyendo piar a aquellos pajarillos, he aquí que se cae delante de mí un animalillo que por su canto conocí que era un ruiseñor.

— ¡Oh!, —dije—, si te has caído es que las alas no te sirven aún para volar y por tanto te podré coger. Y diciendo esto avancé y alargué el brazo para apoderarme del animalillo. —Pero ¿qué?, estaba ya casi rozándole las alas, lo tenía en mi poder como quien dice, cuando el pajarillo, haciendo un esfuerzo, comienza a volar llegando hasta la mitad del patio. —Pobre animal —dije para mí—; es inútil todo esfuerzo; es inútil que intentes escapar, pues te perseguiré hasta capturarte. Y dicho esto comencé a correr detrás de él y cuando estaba para atraparlo me hace la misma jugada, y concentrando todas sus fuerzas consigue volar aún más lejos. — ¡Vaya con el animalejo!, —exclamé—; quiere salirse con la suya; pues bien, veremos quién gana la partida.

Y he aquí que me acerco a él por tercera vez y como si persistiese en la idea de burlarse de mí, cuando lo tenía casi en mi poder, se levanta como a la distancia de un tiro de escopeta y más aún. Yo lo sigo con la vista, maravillado de su atrevimiento, cuando de pronto veo caer sobre aquel ruiseñor un enorme gavilán que, aferrándolo con sus potentes garras, se lo lleva para devorarlo. Al ver aquella escena sentí que la sangre se me helaba en las venas, y deplorando el infortunio del incauto, lo seguí con la mirada. Yo me decía entretanto: —Quise salvarte y no te dejaste prender, antes bien, te burlaste de mí tres veces seguidas y ahora pagas el precio de tu testarudez. Entonces el ruiseñor con una voz muy débil, dirigiéndome la palabra, lanzó tres veces este grito:

—Somos diez... Somos diez... Somos diez... Me desperté sobresaltado y, naturalmente, con la mente fija en el sueño y reflexionando sobre aquellas misteriosas palabras, pero no me fue posible deducir el sentido. A la noche siguiente he aquí que continuó el mismo sueño. Me pareció estar en el mismo patio, que parecía también rodeado de casas, de plantas y de matorrales, y he aquí que veo el terrible gavilán que con una mirada feroz, con los ojos sanguinolentos, vuela cerca de mí. Maldiciendo la crueldad que había usado para con aquella pobre bestezuela, levanto la mano en señal de amenaza; el pajarraco huye entonces despavorido y, al hacerlo, deja caer a mis pies un papel en el que había diez nombres escritos. Lo recojo con ansiedad, lo devoro con la vista y leo en él los nombres de diez jóvenes que están aquí presentes.

\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*

Me desperté, y sin gran esfuerzo comprendí inmediatamente el secreto, a saber: que aquellos eran los jóvenes que no habían querido saber nada de ejercicios y que no habían ajustado las cuentas de sus conciencias y que en lugar de darse al Señor por mediación habían preferido entregarse al demonio. Me arrodillé, di gracias a María Auxiliadora que se había dignado darme a conocer de una manera tan singular los nombres de aquellos hijos que habían desertado de las filas, prometiéndole al mismo tiempo no cejar hasta que me fuese posible mi intento de reducir al redil a aquellas ovejas descarriadas.

Este relato Don Berto hizo relación del mismo en el Proceso Informativo para la causa de Beatificación y Canonización del amadísimo Padre, terminando con estas palabras: «Recuerdo que dichos jóvenes fueron avisados privadamente en nombre de San Juan Don Bosco y que uno de ellos, no habiendo querido cambiar de conducta, fue despedido del Oratorio».



Son conocidos los sueños místicos y proféticos de Don Bosco. Éste, tal vez, menos que los demás. Veamos cómo el propio santo lo narra:

\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*

“Un buen día, atravesaba la plaza Vittorio, en Turín. De repente me vi rodeado por un pequeño ejército de niñas que cantaban, gritaban, con sus vocecitas agudas. Apenas me vieron, volaron en torno a mí y clamaban: ‘¡Viva Don Bosco”!, ¡Encárguese también de nosotras! ¿No ve que estamos abandonadas?' – ‘Otro tendrá que ocuparse de ustedes: ¡yo estoy sobrecargado con tantos niños!'. Pero, mientras me insistían, se me apareció una Señora noble, con el rostro resplandeciente como el Sol, y me dijo: ‘Cuida de ellas por mí. Son hijas mías' ”.

\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*

Pasó el tiempo y Don Bosco parecía haberse olvidado de este sueño.

En realidad, no escondía su poco entusiasmo ante la idea de fundar una rama femenina de su congregación.

En junio de 1866, el padre Juan Bautista Leymone, director del colegio de Lanzo, recordó al santo la posibilidad de una fundación femenina, en la que monjas hiciesen por las niñas lo mismo que los sacerdotes hacían por los niños. Don Bosco pensó un poco y dijo: “Si, eso también será realizado. Pero ahora no. Un poco más tarde”.



AÑO DE 1885.

En la noche del 17 de julio —nos narran las Memorias Biográficas—el Santono pudo descansar; desde que cerró los ojos una representación de la fantasía lo tuvo ocupado hasta el amanecer.

\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*

—No sé —dijo a la mañana siguiente, hablando con algunos Salesianos— si estaba despierto o dormido, pues me parecía estar en contacto con la realidad.

Le pareció salir del Oratorio con su madre y con su hermano José encaminándose hacia la calle Dora Grossa, hoy Garibaldi, dirigiéndose después a San Felipe, donde entraron para rezar. A la salida le aguardaba una gran muchedumbre de gente y cada uno de los presentes le invitaba a que pasara a su casa; pero él les decía que no podía, porque tenía que hacer algunas visitas. Un buen obrero que descollaba entre todos le dijo: —Pero deténgase un momento a hacer la primera visita en mi casa.

Don Bosco accedió. Después continuaron el camino en compañía de aquel obrero hacia el Po. Al llegar cerca de la gran plaza Vittorio Emmanuel, vio en una plazuela próxima un grupo de niñas que se divertían y el obrero señalándole el lugar:

—He aquí —le dijo— que en estos terrenos Vos tenéis que fundar un Oratorio. — ¡Oh, por caridad!, —exclamó Don Bosco—. No me digas eso. Tenemos ya demasiados Oratorios, tantos que no podemos proveerlos de personal. —Pues aquí se necesita un Oratorio para las niñas. Para ellas hay solamente oratorios privados, pero un verdadero oratorio público hasta ahora no se ha visto. Continuando el camino hacia el Po, junto a los soportales de la plaza, a mano derecha, he aquí que todas aquellas niñas, suspendiendo los juegos se agruparon en torno de él gritando:

— ¡Oh, Don Bosco, acójanos en un Oratorio! Nosotras estamos en las manos del demonio que hace de nosotras lo que quiere. ¡Vamos! Socórranos; abra también para nosotras un arca de salvación, abra un Oratorio. —Pero, hijas mías, miren, ahora no puedo; me encuentro en una edad en la que no me es posible ocuparme de semejantes cosas. Pero, recen al Señor, sí, recen y El proveerá. —Sí, rezaremos, rezaremos, pero Vos debéis ayudarnos, cobíjenos bajo el manto de María Auxiliadora. —Sí, recen. Pero díganme, ¿cómo quieren que yo haga para abrir aquí un Oratorio? —Mire, señor Don Bosco, dijo la que parecía más decidida: ¿ve esta calle que corre a lo largo del Po? Pues, vaya al número cuatro. Es una casa donde ahora hay militares. Al frente de ellos está un tal señor Burlezza, que está dispuesto a vender dicho local; se lo cederá, pues, de buena gana. —Bien, bien, veré de hacer algo; ustedes, entretanto, recen. —Sí, sí, rezaremos —respondieron a coro las niñas—; pero Vos recuérdese de nosotras y de nuestras necesidades.

El Santo entonces se alejó, quiso observar el local, encontró los militares, pero al señor Burlezza no. Después de esto, dirigiese al Oratorio y al llegar a él se despertó.

\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*

Una vez que hubo contado el sueño, ordenó a Viglletti que tomara nota y que comprobase si en realidad existía aquel local, pues él no había visto nunca el número cuatro a lo largo del Po, y si existía el señor Burlezza. Viglietti rogó inmediatamente a Don Bonara que se dirigiese al sitio indicado e hiciese las consiguientes averiguaciones. Don Bonara encontró las cosas como n Don Bosco las había soñado, pero al parecer, según hace notar Don Lemoyne, el local en cuestión no estaba en venta.